

Sea Dios Veraz y Todo Hombre Mentiroso



PASTOR, VÍCTOR B. GARCÍA

ROMANOS 3:4

Con gran convicción confesamos que Dios es veraz. Nos deleitamos en que su nombre es Fiel y Verdadero (Ap. 19:11). La Biblia es clara acerca de ello y eso es nuestra esperanza. ¿Qué sería de nosotros si Dios no fuera verdadero? De manera que confesamos con Pablo: ¡Sea Dios Veraz! Con gran convicción también confesamos que nosotros somos mentirosos. Es humillante y difícil de reconocerlo; sin embargo, es la verdad. ¿A quien le gusta reconocer que Pablo habla de nosotros cuando dice: “sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan; veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca esta llena de maldición y de amargura” (Rom. 3:13)?

Muchos se rebelan contra esta realidad, sin embargo, comprenderla es una de las experiencias más liberadoras que podamos tener pues nos obliga a refugiarnos en Cristo y buscar en Él la liberación de nuestra pecaminosidad y el alivio a nuestra culpa.

Hay que aclarar que cuando decimos que somos mentirosos, no estamos hablando en el sentido ético, ni haciendo un juicio sobre la integridad personal de nadie, o acusando a nadie de ser un mentiroso social, o una persona deshonesto. Lo que estamos hablando es algo más que grave que eso. Estamos diciendo que somos mentirosos ante la verdad eterna, por que ignoramos, menospreciamos, rechazamos y distorsionamos la santa Palabra de Dios, porque nos engañamos y somos engañados justificándonos a nosotros mismos de cosas que sabemos que son injustificables ante el juez del universo y por que

nuestro corazón está inclinado a creer las apariencias más que la verdad. Somos mentirosos por que creemos las mentiras terrenas y desechamos las verdades celestiales. Y creemos estas mentiras no solo por ignorancia, conveniencia o negligencia, sino por que nuestra naturaleza es pecaminosa. Mentimos cuando decimos que no somos “tan pecadores.” Cometemos fraude espiritual cuando desplazamos a Dios del centro de nuestra vida y nos ponemos allí nosotros y nuestros intereses. Cometemos sacrilegio cuando oramos, escuchamos la Palabra y servimos a Dios con indolencia. Mentimos cuando aparentamos una cosa frente a la gente, y somos otra en privado. Y encima de todo, con nuestra mentira hacemos a Dios mentiroso por que está escrito: “el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso (1 Juan 5:10).

La veracidad de Dios y la mentira de los hombres son dos verdades fundamentales del Evangelio de Jesucristo. Ambas subsisten una al lado de la otra y no pueden ser separadas. Cuando cualquiera de ellas es rechazada, el evangelio deja de ser evangelio y la vida cristiana se desfigura. Los incrédulos repudian el evangelio por que ignoran estas verdades; después de todo, ¿Cómo puede interesarles el evangelio si no saben cuán culpables son y cuán verdadera es la santidad y el juicio de Dios? Por eso, la omisión de estas verdades hace de la predicación una caricatura que no tiene que ver nada con el verdadero evangelio bíblico.

Si Dios no fuera verdadero nosotros no tendríamos por que creer la Biblia, no habría por que temer a sus juicios, ni apoyarnos en sus promesas. Si no fuéramos mentirosos, no tendríamos nada que temer, ni necesitaríamos que Dios nos salvara o nos enseñara la verdad pues podríamos encontrarla por nosotros mismos. Pero siendo Dios total y absolutamente verdadero, puro, santo y perfecto, y nosotros total y realmente mentirosos, impuros, pecadores e imperfectos, es necesarios que oigamos con atención y humildad la Palabra de Dios, y es necesario que la creamos y hagamos de ella nuestra guía.

¡Si! Proclamamos que Dios es verdadero. Su Palabra es verdad y sus promesas de misericordia se cumplirán en todo aquel que cree, pero igualmente sus amenazas de juicio vendrán sobre todo el que lo rechaza.

¡Si! Proclamamos que nosotros somos

mentirosos. Nuestros pensamientos y nuestros caminos son errados y necesitamos ser redimidos de nuestra culpa, lo cual nunca lograremos si Dios no nos enseña el camino, la verdad y la vida en su Hijo Jesucristo.

Estas verdades siempre han estado bajo ataque desde el principio. Nuestros padres Adán y Eva no creyeron que Dios era verdadero hasta que su juicio trajo sobre ellos desgracia y condenación. Ellos pensaron que Dios no era serio cuando les advirtió: “del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres ciertamente morirás.” (Gen. 2:17). Ellos creyeron a medias, o más bien, no creyeron la verdad. Así que, cuando Satanás les dijo: “No moriréis” ellos decidieron que Satanás tenía más razón que Dios. Y la mayoría de la gente en el mundo, incluyendo muchos que profesan la religión, sigue creyendo las mentiras de Satanás y rechazando la verdad de Dios. Ellos no creen que Dios sea tan verdadero y santo, ni aceptan que ellos son mentirosos y pecadores como la Escritura dice. Y tiene que ser así, pues siendo nosotros mentirosos, no nos gusta la verdad. El desgano, la ignorancia y la desobediencia a los mandatos de la Palabra de Dios es la más clara evidencia de incredulidad y es a la vez la mayor evidencia de cuán mentirosos somos.

Sin embargo, es una cosa misteriosa que para encontrarnos con la verdad de Dios y poder disfrutar de sus bendiciones, sus promesas, y la liberación de sus juicios, es necesario que reconozcamos que somos mentirosos. Nuestra mentira solo puede ser cubierta y justificada por la verdad de Dios. Fue por nuestra mentira que Cristo murió en la Cruz.

Lo único que nos puede limpiar de la mentira es la Verdad, La Palabra de Cristo es Verdad, Jesús es la Verdad, su Espíritu es el Espíritu de Verdad. Nuestro Señor prometió “Y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres” (Juan 8:32) y oro al padre en favor de los que creemos diciendo, “Santifícalos en tu Verdad. Tu Palabra es Verdad” (Juan 17:17).

**SEA DIOS VERAZ Y TODO HOMBRE
MENTIROSO**

